LA POESIA DE FELIX FRANCO OPPENHEIMER

Rafael A. González Torres

En los anales de la poesía contemporánea, el decir lírico de Félix Franco Oppenheimer ocupa un alto sitial. Su poesía se nutre de variadas experiencias, que van desde la aprehensión de sus circunstancias hasta la búsqueda gozosa de los paradigmas más altos que fluyen en el devenir del tiempo. Es poesía la suya impregnada de sutilezas y atisbos de una mente que se nutre de los clásicos y que busca en **La Biblia** la linfa más pura en donde sumergir su intelecto claro y abarcador como un diamante. Sus iguales, en esta aprehensión del mundo, hay que señalarlos en T. S. Eliot, Ezra Pound, Antonio Machado, César Vallejo, Pasternak, W. Yeats, Georg Trakl, Octavio Paz y Jorge Luis Borges, entre otros cosmonautas del espíritu y la ensoñación.

Desde la antigüedad se ha visto al poeta como el demiurgo capaz de interpretar el misterio en su metafísico dramatismo. Platón, en el diálogo **Ión o de la poesía,** asegura «que los poetas, por un favor divino, son para nosotros los intérpretes de los dioses». El poeta, el hierofonte, comprende el misterio en su trascendental manifestación. La poesía homérica, en su primigenia eclosión, resulta una visión omnímoda del mundo, desde las brumas del Olimpo, Taigeto, Pindo, Ida, en donde los dioses aparecen rodeados de cósmica hermosura, hasta el batir de Poseidón sobre las claras arenas de las playas que baña el Egeo. El poeta es el máximo clarificador del misterio. Para lograr este objetivo debe estar sacudido por «cierto soplo divino», como nos dice Cicerón en su **Defensa del poeta Arquias:** «El poeta sobresale por su propia naturaleza, se axalta por las fuerzas de su mente y se siente inspirado como por un cierto soplo divino. Es por lo que nuestro famoso Ennio, con todo derecho, llama «sagrados» a los poetas, porque parece que nos han sido confiados como por una especie de don de los dioses.»

Desde este contexto, abarcador y profundo, es que podemos penetrar el mensaje del autor de **El hombre y su angustia, Del tiempo y su figura, Los lirios del testimonio, Estas cosas así fueron, Prosas sin clave, ¡Aquí, presente! La presencia ignorada** y otras obras suyas en donde gravita lo que Jorge Luis Borges llama la «inquietud metafísica» y Pedro Salinas «la meditación poética».

Para que el escritor logre su alta misión de dilucidar el misterio y convertirse en Hermes debe colocarse frente a las cosas con el corazón limpio y henchido de trascendental soledumbre, como recomienda Rilke al joven poeta Franz Xaver Kappus.

Félix Franco Oppenheimer, desde **El hombre y su angustia,** se nos presenta como un espíritu desvelado frente a sus circunstancias, exteriores e interiores. El poeta palpa el

BOLETÍN AEPE Nº 24. Rafael A . GONZÁLEZ TORRES. LA POESIA DE FELIX FRANCO OPPENHEIMER
Centro Virtual Cervantes

mundo fenoménico, no sólo en su apariencia, sino igualmente en su esencia, como nos asegura en el poema «Garfios»:

«Atado fatalmente a lo mediato,
miro el espacio en el milagro dulce
de la existencia y el pulido barro.
Frente, el ojo lila del horizonte
circundándome con sus lejanías
que sofocan con sus saudades grávidas...

Un buen día, mis ríos, con celeste
ímpetu crecieron, caí en sus aguas
y ahogué de eternidades, desde entonces,
mi voz se ha vuelto musical cascada.

La enorme ola de la vida nos viene
de sabias voces sordas en sus sombras;
morir para nacer en la inocencia;
y así siempre como el cantar primero.

Veleta de cuatro vientos mundanos
y uno único, por el cual es más
que veleta y se conducen los vientos:
una ola lleva luz, otra tinieblas,
aún el hombre en lo mudable lo tiene.
Una de sus olas es negra, la otra,
clara, entre ambas el ser, mientras sonríe
plácida la vida al misterio mudo.

En lo inalcanzable —telón sin parches
o asas ciclópeas—, clavada la estrella,
y creciendo en mi corazón brumoso,
como el ojo más tétrico de Dios...

Abismo a lo alto, abismo a lo hondo; abismo;
los astros, con sus miradas de piedras
venenosas, y el hombre, fiel hormiga,
indiferente a sus huellas suicidas...»

(El hombre y su angustia, 3.ª ed., págs. 23-24.)

El poeta, «atado fatalmente a lo mediato», observa el milagro del espacio que lo enmarca «con sus saudades grávidas». Desde un lejano instante sus ríos interiores se precipitan en «musical cascada» y saturan la «enorme ola de la vida» de sabias y melodiosas voces. El poeta muere y renace en la inocencia del «cantar primero» que se pierde en el horizonte de los siglos. La vida se desenvuelve en constante y renovador oleaje, siempre revelando lo Uno primigenio y solitario. En el ir y venir de las sombras y la luz aparece constantemente el ser «mientras sonríe plácida la vida al misterio mudo». Más allá, «en

BOLETÍN AEPE Nº 24. Rafael A . GONZÁLEZ TORRES. LA POESIA DE FELIX FRANCO OPPENHEIMER
Centro Virtual Cervantes

lo inalcanzable», en el abismo brumoso, el poeta busca la luz de los astros mientras el hombre, «fiel hormiga», permanece indiferente al milagro de la vida que lo envuelve en sus oleadas de beatitud y sempiterna belleza.

En este poema se evidencia nítidamente la preocupación estética del decir lírico de Franco Oppenheimer: descubrir, en las apariencias, la esencia de la vida, la belleza y el amor. El escritor, además, se adelanta en su soledad para atisbar desde ella la eclosión de vida arcana que lo enmarca. Sigue de cerca a Rilke, quien en una carta a su joven interlocutor, previamente citada, le recomienda que

> «sálvese de los motivos generales yendo hacia aquellos que su propia vida cotidiana le ofrece; diga sus tristezas y deseos, los pensamientos que pasan y su fe en alguna forma de belleza. Diga todo eso con la más honda, serena y humilde sinceridad, y utilice para expresarse las cosas que lo circundan, las imágenes de sus ensueños y los temas de su recuerdo» *.

La imaginación poética de Franco Oppenheimer se deleita en destacar los motivos que le ofrece «su propia vida cotidiana», dirigida a la consecución de los más altos ideales de belleza y temblor metafísico. Expresa su mundo con «humilde sinceridad», llena de elocuencia:

> «Una onda misteriosa
> este círculo estrecha,
> horizonte es a veces,
> y en otras, mano férrea:
> la conozco en mi espíritu
> sin escrutar la niebla,
> que teniéndola al tacto
> está allá en las estrellas,
> en la onda misteriosa
> que está en mí y está en ella,
> y sin tal vez saberlo
> este amor la comprenda
> cuando nuestras miradas
> en luz alta se besan.»
>
> (**Imágenes 3**, «Flor del aire LIII», pág. 84.)

El escritor se encuentra enmarcado en la «onda misteriosa» del ensueño, que a veces se dilata hasta el horizonte y otras semeja «mano férrea» que lo sujeta a sus circunstancias. Esta onda, aún teniéndola en el tacto, le parece que «está allá en las estrellas», en celeste tintineo. Sólo el amor, en proyecciones metafísicas y dirigido hacia lo inasequible —«cuando nuestras miradas en luz alta se besan»—, la comprende en su revelada manifestación armónica.

---

* **Cartas a un joven poeta** (traducción del alemán y comentarios por Luis di Orio y Guillermo Thiele), Buenos Aires, Ediciones Siglo Veinte, 1959, pág. 18.

BOLETÍN AEPE Nº 24. Rafael A . GONZÁLEZ TORRES. LA POESIA DE FELIX FRANCO OPPENHEIMER
Centro Virtual Cervantes

Desde esta tesitura el poeta ponceño teje sus mundos de ensoñación, buscando, como dice Heidegger, sorprender la **aletheia** (verdad) de las cosas. Esta preocupación se manifiesta desde **El hombre y su angustia,** como nos asegura Pedro Salinas en carta enviada al poeta el 20 de marzo de 1951:

> «... Su poesía de usted va por un camino muy de mi gusto: la meditación poética.
>
> Camino ilustremente frecuentado por los metafísicos ingleses, por Wordsworth, por Unamuno, y aunque otra cosa parezca a ratos, por Vicente Aleixandre. Hoy día, usted, natural de un hermoso país que apela con las voces más chillonas y las más delicadas, con el grito y la insinuación, a las tentaciones de lo sensual, a las cuales han cedido excelentes poetas de su patria —como su por mí admirado prologuista, por ejemplo—, vuelve su atención al mundo interior, habla usted "Con el hombre que va siempre conmigo", como dijo otro poeta.»

(**El hombre y su angustia,** 3.ª edición, págs. 7-8.)

Félix Franco Oppenheimer, como muy bien apunta el autor de **El contemplado,** elude el impacto telúrico de sus circunstancias tropicales y penetra en su mundo interior, en íntimo diálogo con su otro yo. Su poesía se nutre de suavidades:

> «Una canción es un pájaro
> que a ti va, en alas y trinos
> por herirte dulcemente,
> con la espina de su pico.»

(**Imágenes 3,** «Flor del aire LXXII», pág. 92.)

La poesía, en su inocente ir y venir de pájaro, no cesa de volar:

> «Poesía: inocencia, espuma,
> sueño, mar,
> nube, misterio,
> ave que no cesa de volar...»

(**Imágenes 3,** «Flor del aire LX», pág. 88.)

No obstante estar atento a sus circunstancias, el poeta intuye que algún día las dejará pasar:

> «... Y un día pasaremos
> sin tender la mirada
> a las formas inútiles
> que ocúltanse en la noche
> como visiones, nunca
> tal vez entreveradas...»

(**¡Aquí, presente!,** pág. 36.)

BOLETÍN AEPE Nº 24. Rafael A . GONZÁLEZ TORRES. LA POESIA DE FELIX FRANCO OPPENHEIMER
Centro Virtual Cervantes

El escritor, siempre en tránsito de la luz a la sombra, de la sombra a la luz, pasará «sin tender la mirada a las formas inútiles», porque su sensibilidad se solaza en el «aire eterno que vendimiar» desea:

«... Y quedarán los árboles
siembra altiva de mi arte
que un día mi albedrío
fijó con regocijo,
sahumando la vida
que tengo ante la vista
en flor de aire eterno
que vendimiar yo quiero...»

(**¡Aquí, presente!**, pág. 41.)

La inquietud lírica de Franco Oppenheimer se dirige a revelar la «flor de aire eterno» que constantemente busca en los caminos que se abren dentro de su ser:

«Mi camino es mi camino
y nadie lo recorrerá,
que para hacer mi camino
sólo mis pasos bastarán.»

(**Imágenes 2,** pág. 49.)

Busca en los ojos de la amada las inéditas perspectivas de «celeste siega» en donde ansía dejar caer sus «anhelos infinitos»:

«En los lagos pequeñitos
de tus ojos verdemar,
echar quisiera a volar
mis anhelos infinitos,
y en ellos ahogar los gritos
de la carne oscura y ciega
porque en la celeste siega
corte yo en tu paraíso
los lirios que el Señor hizo
para perfumar la entrega.»

(**Imágenes 2,** pág. 68.)

La poesía de Franco Oppenheimer se nutre igualmente de «antiguas nostalgias»:

«El mundo se va alejando
y me encuentro en soledad,
y dentro, en carbones íntimos,
arde en ascua el anhelar,
decir antiguas nostalgias
y alegrías, que al pasar,

BOLETÍN AEPE Nº 24. Rafael A . GONZÁLEZ TORRES. LA POESIA DE FELIX FRANCO OPPENHEIMER
Centro Virtual Cervantes

dejaron en oros pálidos,
las abejas del soñar,
volver a sentir el mundo
y empezar de nuevo a amar...»

(**Imágenes 3,** pág. 112.)

Su percepción del mundo y de la vida registra en **Los lirios del testimonio** (1964) y **Estas cosas así fueron** (1966) dos momentos muy interesantes de la historia de la poesía puertorriqueña contemporánea.

Don Francisco Monterde, ilustre profesor mejicano, en el prólogo a **Los lirios del testimonio,** asegura que:

> «No ha sido frecuente en la América hispana —ida Gabriela Mistral— que en la voz de un poeta repercuta el acento bíblico, acorde con el tiempo en que la angustia ante el futuro pide unción a la poesía.
>
> En este libro de Félix Franco Oppenheimer se da ese tono de austeridad acendrada por el dolor, que suavemente conduce a fundir las palabras propias con las de Jesús en la hora decisiva.»

(**Los lirios del testimonio,** 2.ª edición, pág. 9.)

De este libro, ya clásico en nuestras letras, permítaseme citar el poema «Miserere»:

«Estoy aquí, mirando mi existir, desde estas aguas de agitado
oleaje y cierzo sembrador que su cruz hunde en la tierra
azarosa del arcano.

Estoy aquí, sin verme, distendido como un saludo ausente, frío,
vago, sin sentirme, soñándome a mí mismo, vuelto ya
espacio fiel el aire oscuro.

Estoy aquí, de mí y de todos, triste, que el mundo nunca pude
verlo en mí, como él tampoco a mí, nunca me viera; jamás
su imagen tremoló en mi río.

Estoy aquí, Señor, frente a tu mando, que ahora tan sólo soy
la espera tuya, la que traiga la paz a este lamento
de manantial ruinoso, desgarrado.

Estoy aquí, Señor, ya sin caminos, que el surtidor se surte
de sus aguas frescas y el salmo es una estrella alta...
Perdón, Señor, por este gozo humilde.»

(**Los lirios del testimonio,** 2.ª edición, pág. 21.)

El poeta, sacudido por hondas emociones, se arrodilla y pide misericordia al mora-

BOLETÍN AEPE Nº 24. Rafael A . GONZÁLEZ TORRES. LA POESIA DE FELIX FRANCO OPPENHEIMER
Centro Virtual Cervantes

dor del cosmos. Observa su existir rodeado del inquieto oleaje de la vida y hunde su cruz —su dolor y angustia vital— «en la tierra azarosa del arcano». Se contempla «como un saludo ausente, frío», soñándose sumergido en el espacio que lo rodea con su sempiterna presencia. Confiesa que el mundo no se refleja en él ni él en el mundo, pues «jamás su imagen tremoló en mi río». Ahora sólo aspira que el Señor le traiga la paz que tanto anhela «este lamento de manantial ruinoso, desgarrado», como se autodefine el escritor. Se encuentra sin caminos frente a la divinidad y descubre «que el surtidor se surte de sus aguas frescas y el salmo es una estrella alta». Con el alma transparente se encamina hacia esa estrella y pide perdón por la alegría humilde que sacude a su corazón.

Similar impacto teológico-espiritual nos produce **Estas cosas así fueron,** poema de homérico poder imaginativo, en donde el poeta nos conduce, entre relámpagos olímpicos, al nacimiento del mundo. Leerlo produce pavor y angustia redentora, pues el escritor nos sumerje en un ámbito aparentemente dislocado y como producto de una larga pesadilla. En ningún momento el aliento profético decae y sus versos fluyen rodeados de luz.

Félix Franco Oppenheimer alcanza su mayor y más transparente decir lírico en **La presencia ignorada** (1980). Es una obra de madurez y serenidad expresiva. En ella se conjugan los temas esenciales de su expresión estética: Dios, el tiempo, el misterio, la muerte, la mujer y el amor. Es un poemario de clara tersura clásica que revela nítidamente el mundo interior del poeta ponceño-universal. Veamos algunos ejemplos:

«Ved el árbol,
busca altura
por albura
y hermosura.

En la copa,
oíd su música...

Mas el hombre
tras la altura
va a la bruma
de su angustia.

(Dos espumas
que se alumbran.)

En el árbol
su verdura,
en el hombre,
la voz suya...»

(La presencia ignorada, pág. 12.)

Ahora observa a un pajarito:

BOLETÍN AEPE Nº 24. Rafael A . GONZÁLEZ TORRES. LA POESIA DE FELIX FRANCO OPPENHEIMER
Centro Virtual Cervantes

«Un pajarito, toca de un salto
el umbral de mi puerta, parece
confiado en su relación de migas,
su placer está, en su juego breve
de alas y de patitas que se alzan
en un ir y venir, inocente,
sin recelar mis pasos... El sol,
como sus ojos, es transparente,
y su alma pequeñita, es hermosa,
como el día, rústico y celeste.»

(**La presencia ignorada,** pág. 36.)

Describe su íntimo escenario:

«Tú y yo tenemos un escenario
que no vemos y que nadie ha visto
en el que nos hacemos actores
verdaderos, porque en él, lo mismo
se alojan las luces que las sombras;
los vocablos, las pausas, los ruidos,
lo que abarca y no abarca la vista,
y lo que este pararrayo íntimo
imanta del Todo y de la nada,
diario encuentro de lo infinito.»

(**La presencia ignorada,** pág. 42.)

La poesía de Félix Franco Oppenheimer se nutre de visiones anímicas de trascendental hermosura. En ella gravita, junto a la angustia de Nietzsche y de Kirkegaard, el vuelo sereno de los clásicos, especialmente San Juan de la Cruz y los sonetos espirituales de Lope de Vega. También se evidencia la huella de Bécquer, Juan Ramón Jiménez y César Vallejo. No obstante, la expresión lírica de nuestro poeta es única, pues no se parece a nadie. En ella vemos una fina sensibilidad que aspira a manifestar, en decires límpidos y armónicos, sus mundos interiores.

Estamos seguros que una vez la obra de Félix Franco Oppenheimer trascienda los límites isleños, será acogida como la expresión lírica más original y profunda que ha dado Hispanoamérica en la segunda mitad del siglo XX.

Muchas gracias.

BOLETÍN AEPE Nº 24. Rafael A . GONZÁLEZ TORRES. LA POESIA DE FELIX FRANCO OPPENHEIMER
Centro Virtual Cervantes

BIBLIOGRAFIA

El hombre y su angustia, prólogo de Luis Palés Matos, San Juan, P. R., Editorial Yaurel, 1950, 86 págs.; 2.ª edición, 1960; 3.ª ed., 1970.

Del tiempo y su figura, San Juan, P. R., Imprenta Venezuela, 1956, 110 págs.; 2.ª ed., 1970.

Los lirios del testimonio, prólogo de don Francisco Monterde, San Juan, P. R., Editorial Yaurel, 1964, 107 págs.; 2.ª ed., 1973.

Estas cosas así fueron, San Juan, P. R., Editorial Yaurel, 1966, 69 págs.; 2.ª ed., con prólogo y epílogo de Clemente Pereda, 1970.

Prosas sin clave, prólogo de don Evaristo Ribera Chevremont, San Juan, P. R., Editorial Yaurel, 1971, 86 págs.
¡Aquí, presente!, prólogo de Francisco Lluch Mora, Boston, Florentia Publishers, 1976, 78 págs.

La presencia ignorada (versos), San Juan, Puerto Rico, Instituto de Cultura Puertorriqueña (Serie Literatura de Hoy), 1980, 119 págs.

BOLETÍN AEPE Nº 24. Rafael A . GONZÁLEZ TORRES. LA POESIA DE FELIX FRANCO OPPENHEIMER
Centro Virtual Cervantes

Centro Virtual Cervantes